



comentarios

la palabra profética de la arquidiócesis

Existe la palabra vacía y la palabra plena, la palabra rutinaria y la palabra convencida, la palabra manipulada y la palabra veraz. Y todo ello depende de la relación de una palabra con la realidad que le circunda y de la cual quiere ser expresión.

Muchas veces, demasiadas desgraciadamente, la palabra está separada de la realidad. Con la palabra se pretende dar un sentido que la realidad misma no posee; es la palabra demagógica. Con la palabra se pretende encubrir la miseria de la realidad, solucionando sólo en palabras lo que en la realidad sigue sin solución; es la palabra alienante. Con la palabra se pretende acompañar meramente la realidad banal e intrascendente, o banalizar con ella lo que en verdad es importante; es la palabra rutinaria. Este tipo de palabras no surgen de la realidad, no son expresión de su miseria y de su esperanza; ni explican la realidad presente ni desencadenan la realidad futura.

Pero otras veces es la misma realidad la que toma la palabra, la realidad que no se deja encadenar por slogans ni intereses; la que no quiere ser manipulada ni pasar desapercibida, la que quiere romper el silencio impuesto por tanta palabra vana. Eso ocurre en los momentos fuertes de la historia.

Todas estas reflexiones vienen a cuento porque en la Arquidiócesis se está dando en los últimos meses un fenómeno sin precedentes: la proclamación masiva de su palabra. Y no es una palabra vana, rutinaria o manipulada, sino una palabra plena, con-

vencida y veraz. Y esto es así porque es la realidad de la Arquidiócesis la que da que hablar. Es nuestra propia realidad la que quiere tomar la palabra, para expresar su propia miseria y esperanza.

En lo que va del año han aparecido abundantes publicaciones de la Iglesia, bien a través de la palabra hablada en las homilías de Mons. Romero, en los púlpitos dominicales o en la YSAX, bien a través de la palabra escrita en publicaciones periódicas como ORIENTACION o en los artículos, comentarios y documentación de nuestra revista ECA. Esta palabra ha ido acompañando a los acontecimientos de la Iglesia y del país. Ha sido una palabra coyuntural, importante y necesaria.

Pero en las últimas semanas han aparecido otro tipo de publicaciones, en las que aparece una palabra más articulada, sistemática y reflexiva. Con ella quiere expresar la Iglesia no sólo sus reacciones inmediatas a acontecimientos importantes, sino su reflexión prolongada, que sirva para orientar tanto en las coyunturas de nuestro presente y pasado reciente, como el futuro de nuestra Arquidiócesis.

Entre este último tipo de publicaciones hay que resaltar en primer lugar la publicación de LOS TEXTOS DE MEDELLIN. Se recoge en ellos las conclusiones de la Segunda Asamblea plenaria del Episcopado latinoamericano en 1968. Estos textos son la palabra más actual para la Iglesia latinoamericana. Son actuales porque siguen desencadenando una historia, y hoy más que nunca porque su actua-



lidad no proviene sólo de la novedad de las ideas y conceptos allí expuestos, sino porque han pasado la prueba de la historia. Su actualidad consiste ahora en la novedad de ser vividos, de haberse encarnado en la vida de muchos cristianos y no sólo de ser proclamados. Y han pasado la prueba de la historia, porque son muchos los cristianos que han sufrido pruebas por mantenerse fieles a Medellín. Cuando nuestra realidad concreta ha querido tomar la palabra ha encontrado en Medellín una expresión adecuada de su miseria y esperanza. Y esa es la razón última de que nueve años después se vuelva a publicar sus conclusiones.

Ha aparecido también un folleto publicado por el Secretariado Social Interdiocesano titulado **ORIENTACIONES SOCIALES A LA LUZ DEL MAGISTERIO PONTIFICIO**. Aunque la ocasión de la publicación fueron los ataques a la educación impartida en centros católicos de enseñanza, su utilidad va más allá de su uso en los colegios. En primer lugar porque se centra en un tema crucial para la vida de toda la Arquidiócesis, como es el problema social. El mismo hecho de concentrarse en el tema social indica que ahí está el problema fundamental para nuestra Arquidiócesis. Fundamental no por ser el único tema de la fe cristiana, sino porque la actitud social del cristiano es la que determinará cristianamente su fe en Dios, y su seguimiento de Cristo y el sentido de la pertenencia a la Iglesia. Y en segundo lugar porque al recoger textos pontificios a lo largo de casi un siglo muestra que la actual conciencia social de la Iglesia no es una peligrosa innovación, sino el resultado de muchos años de experiencia eclesial y del Magisterio Eclesiástico. Desde los comienzos de la creación de sociedades industriales la Iglesia ha juzgado el pecado que en ellas se esconden y ha propuesto los criterios fundamentales de los derechos de todo hombre a los bienes de esta tierra.

En la fiesta de El Divino Salvador del Mundo Mons. Romero publicó su segunda Carta Pastoral, **LA IGLESIA CUERPO DE CRISTO EN LA HISTORIA**. Es ésta una carta esclarecedora, tanto de los momentos coyunturales por los que pasa la Arquidiócesis y el país, como de la realidad fundamental de lo que es la Iglesia. El núcleo de la Carta está expresado en su mismo título. La Iglesia no se puede comprender sólo como producto de la voluntad arbitraria de Cristo de fundar una institución, sino como la continuación en la historia de su misión y de su destino. Con ello está haciendo una afirmación fundamental normativa sobre la Iglesia. Ser Iglesia no es ser para sí misma, sino realizar esa misión. El contenido de esa misión consiste en la comunicación de la Buena Nueva tal como lo hizo Jesús: proclamando el amor de Dios, denunciando el pecado concreto de la sociedad y construyendo ya sobre nuestra tierra el reino de Dios. Y en toda esta misión teniendo la mirada, como Jesús, fija en aquellos más pobres y oprimidos que más necesitan de su actuación. Con ello está afirmando para quien tenga capacidad de oír y de conversión que la fe cristiana no es un mero reconocimiento teórico de Cristo, ni se puede reducir a un culto privado y desencarnado, sino proseguir en nuestra historia la actividad, la enseñanza y el modo de vida de Jesús, para de esta forma proclamarle Señor. Mons. Romero ha expuesto claramente qué es la Iglesia y cuál es su misión. No caben ya dudas, sorpresas o malas interpretaciones.

Además de estos documentos provenientes del Magisterio de la Iglesia, universal, latinoamericana o local ha aparecido también el número de **BUSQUEDA**, correspondiente a marzo-junio, y publicada por la Comisión Pastoral de la Arquidiócesis. En esta publicación un grupo de sacerdotes reflexionan sobre lo que ha supuesto el martirio de dos de sus compañeros, los PP. Rutilio Grande, S.J. y Alfonso Navarro. Además de los artículos que giran en torno a la figura de los dos mártires aparecen una serie de reflexiones pastorales sobre la actuación de la Arquidiócesis en los últimos meses y sobre problemas de fondo que surgen en la pastoral cotidiana, como son la celebración de la Eucaristía, la tarea evangelizadora, el papel de la Iglesia ante las organizaciones populares, y lo que supone trabajar para la Iglesia en un estado de seguridad nacional. Lo que da relieve a estos artículos es que han surgido de reflexiones prolongadas, de contactos continuos con el pueblo, de manera que no es la mera teoría pastoral, sino —de nuevo— la misma realidad la que ha tomado la palabra. Es la realidad de un grupo de sacerdotes inmersos en la realidad de nuestro pueblo.

Por último ha aparecido también en estos días un folleto titulado **LOS JESUITAS ANTE EL PUEBLO SALVADOREÑO**, en el que se recogen los diversos artículos que aparecieron en la prensa local del 14 al 27 de junio. En ellos se muestra cómo este grupo de religiosos comprende su vida religiosa en nuestro país. Resumen la finalidad de su misión, la lucha crucial de nuestro tiempo, como la defensa de la fe y la promoción de la justicia. Y explican también qué cambios, tanto en la teoría como en el modo concreto de ejercer su apostolado, se han visto obligados a realizar para ser fieles a Cristo y a la Iglesia, y para poder ser realmente servidores de nuestra realidad.

Si es importante constatar el hecho masivo de estas y otras publicaciones, más lo es reflexionar sobre su significado. En primer lugar, y como ya queda dicho, la misma realidad es la que ha tomado la palabra, es la que ha forzado a hablar. Pero este hecho descubre también una gran verdad sobre algo fundamental en la Iglesia: su magisterio. Entre los documentos publicados aparecen Medellín, resúmenes del magisterio pontificio en materia social y la segunda Carta Pastoral de Mons. Romero. El magisterio de la Iglesia no es fundamentalmente una doctrina intemporal, cuyo valor estuviese en la misma congruencia interna de los conceptos expresados, sino una reflexión doctrinal cuyo valor intrínseco le proviene de su doble relación con la palabra de Dios y con la realidad presente. Cuando nuestra realidad fuerza a escribir una Carta Pastoral o a reeditar Medellín es que hay en esos documentos algo verdadero y válido, no sólo por la autoridad formal de quienes los escriben, sino porque lo expresado en los documentos se ha hecho vida real. Y no hay más importante criterio de verdad que el de desencadenar una vida, que se remonte a la vida de Jesús.

En segundo lugar aparece que la Iglesia está cumpliendo a varios niveles —jerarquía, sacerdotes, religiosos— su misión esclarecedora de anunciar la verdad sobre el reino de Dios y denunciar el pecado contra este reino. Esto significa que la actuación de la Iglesia de la Arquidiócesis no pretende meramente una manifestación de su fuerza o poder social, que redundase en su propio beneficio, sino que ha acompañado las coyunturas importantes con una profunda catequesis. Le interesa esclarecer la verdad sobre sí misma, sobre el país, sobre la conducta de los hombres y sobre las consecuencias de sus acciones. Le interesa ayudar a quienes, de buena voluntad, están confusos y a quienes, de mala voluntad, tergiversan sus acciones. Pero le interesa sobre todo esclarecer aquella verdad sobre la cual se pueda edificar una sociedad más cristiana y más humana. Y de esa forma quiere presentar una verdad en la que coincida el cristiano y el ciudadano, el plan de Dios y los

anhelos legítimos de los hombres. Ha buscado por lo tanto, a través de la reflexión, esclarecer el contenido de las palabras-símbolo que usamos los hombres: amor, justicia, felicidad, pecado, fracaso y salvación.

La publicación masiva de documentos es también una forma de ahondar en el compromiso público que la Iglesia de la Arquidiócesis ha adquirido con el pueblo salvadoreño. Cuando a la palabra pública, repetida y reflexionada, acompaña la honradez de quien la pronuncia entonces esa palabra obliga. Y lo que unifica a los documentos publicados es la promesa de servicio al pueblo salvadoreño, desde la misión de la Iglesia y con los medios que a ella le son típicos, pero al fin y al cabo como compromiso público de servicio, y no de autodefensa.

Hay que notar también el estilo de estos documentos. En todos ellos se mantiene la objetividad, sin que sean fruto de una conciencia resentida, ni contesten a la difamación y calumnia con la misma moneda. Tampoco aparecen los maniqueísmos tan en boga en otras ideologías y en las publicaciones contra la Iglesia en los meses pasados. No se invocan reconciliaciones simplistas e históricamente imposibles, pero se anima a la unificación de esfuerzos alrededor de los ideales expresados en la palabra de Dios y en lo mejor que nuestra propia tradición nos ha transmitido.

Es importante considerar también la recepción de estos documentos por parte del público salvadoreño. Difícilmente se encontrará una época en la historia del país en la que haya habido tanta avidez de adquirir literatura religiosa. Todos los documentos publicados se están comprando rápidamente. Baste decir que en menos de tres semanas se han distribuido en nuestro país más de 4.000 ejemplares de Medellín. Este mero hecho indica de nuevo que algo profundo de la realidad ha tocado la Iglesia. Pues no se trata normalmente de documentos de lectura fácil, ni mucho menos de lectura evasiva, sino de documentos serios que exigen un esfuerzo de lectura.





Y éste es quizás el aspecto más importante. Estos documentos no son sólo comprados y leídos de pasada, sino estudiados. En muchas instituciones educativas y parroquiales, e incluso en otras que normalmente no se interesan por los documentos eclesiales, se están estudiando con seriedad estos documentos. Y el estudio —como lo indica su misma etimología latina— no es una simple lectura, sino aplicarse a algo con la finalidad de configurar su vida según ello. Y además —desgraciadamente— el mero hecho de adquirir estos documentos ha supuesto un riesgo, pues son varios los casos que existen de personas amenazadas y atropelladas por haberseles encontrado tales documentos en su poder. La positiva recepción de los documentos muestra por lo tanto que muchos salvadoreños han visto reflejados en ellos sus propias ideas e ideales.

La Iglesia de la Arquidiócesis ha hablado y en ella la realidad ha tomado la palabra. Hablar no es una actividad cualquiera y menos para un cristiano. Es algo difícil, y sin embargo es su obligación. Siglos antes de Cristo, un profeta de Israel, Jeremías, sintió la dificultad y la obligación de hablar. “¡Ay, Señor Jahvé! Mira que no sé expresarme” (Jer 1,6), exclamaba. Pero Jahvé alargó su mano y tocó su boca: “Mira que he puesto mis palabras en tu boca” (1,9). Y entonces como hoy la misión de la palabra era “extirpar y destruir. . . reconstruir y plantar” (1,10). Cuando Jeremías cumplió su misión profética sintió la tentación de dejar de hablar, pues como él mismo confiesa “la palabra de Jahvé ha sido para mí oprobio y befa cotidiana” (20,8). Pero dice también por qué fue fiel a su misión: “Había en mi co-

razón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo no podía” (20,9).

No otra es la situación de la Iglesia en nuestro tiempo. El silencio sigue siendo una tentación. Mientras no llegue el reino de Dios, mientras exista la miseria de la realidad, la Iglesia se pregunta también como el salmista: “¿Cómo podríamos cantar un canto de Jahvé en tierra extraña?” (Ps 137,4). “¿Cómo hablar donde impera el pecado, donde la palabra es manipulada y perseguida?”

El valor de las publicaciones últimas de la Arquidiócesis es que la Iglesia ha superado esta tentación. Con palabras humanas, y por ello también imperfectas sigue predicando la palabra de Dios, que sigue siendo un “fuego ardiente”, una palabra “eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y las médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón” (Herb 4,12).

En el ejercicio de esa palabra, que no es la suya, sino en último término, la palabra de Dios, la Iglesia está siendo profeta en el sentido más profundo de la palabra. Pues el profeta no es el adivino del futuro, sino el que a través de su palabra enjuicia el presente a la luz de Dios y desencadena una historia futura. Por ello hemos titulado este comentario la palabra profética de la Arquidiócesis, porque a ella como a Jeremías le toca “extirpar y destruir” el pecado del presente para “reconstruir y plantar” un futuro humano.